



# Curiosidades de Montaigne

Fanatismo religioso y matrimonio entre varones

Víctor Orozco\*



En el año de 1581 Miguel de Montaigne, el insigne escritor francés abrevadero de las más variopintas ideas y concepciones, quien inventó el género literario del ensayo, hizo un prolongado viaje a Italia. Buscaba una cura para el mal de piedra (cálculos renales) que le aquejaba, bebiendo de los numerosos manantiales con aguas curativas existentes en la península. Legó un detallado diario de lo que miró y de la cantidad de sucesos que le ocurrieron. Era de noble familia y además había

publicado ya un primer volumen de sus *Ensayos*, por lo cual las puertas de la corte romana se le abrieron y se le dispensaron favores para recorrer ciudades y pueblos.

En tiempos de sangrientas guerras religiosas, Montaigne, siendo católico, pudo dar libre curso a sus ideas, cuidando siempre de no caer en alguna falta que ameritara la atención del Santo Oficio, siempre vigilante. Puso incluso su manuscrito a la vista de los censores del Vaticano, quienes más que buscar infidencias doctrinales, dirigían sus pesquisas hacia las deslealtades o enemistades políticas. No encontrando ninguna de ellas en el autor del escrito, se lo devolvieron sin observaciones.

\* Maestro Emérito de la UACJ y Miembro de la Academia Mexicana de la Historia.

Los retratos que hace de los paisajes, costumbres, prácticas religiosas, comida, lenguas, etcétera, de Italia en tiempos del Renacimiento son ilustrativos en extremo y una delicia para los lectores.

Estuvo en Roma durante las celebraciones de la Semana Santa cuando desfilaban los miembros de cientos de cofradías agrupadas en torno a santos de diversas devociones.

Asombrado, escribió: “[...] cada cuerpo tenía un gran coro de música que iba cantando todo el tiempo al caminar y, en medio de las filas, una hilera de penitentes que se fustigan con cuerdas; había quinientos por lo menos, con la piel de la espalda completamente despellejada y ensangrentada con un aspecto lamentable”.

En estas fechas todavía no se generalizaba el culto a la Virgen de Guadalupe en la Nueva España, pues dicha veneración apenas se encontraba en pañales y de los mexicas, entre otros, se sabe que hacían visitas al peñón de Tepeyac en donde se ubicaba una representación de Tonantzin, la diosa madre, pero no se tienen noticias de que se autoinfligieran torturas tan crueles.

Tardaron, pero los mestizos después autobautizados como mexicanos adoptaron del viejo continente las prácticas lacerantes del cuerpo en sus devociones místicas. Las autoflagelaciones, las espaldas sangrantes, los espasmos y rictus provocados por el fervor religioso no eran muy diferentes

a las que podemos contemplar cada 12 de diciembre en la Ciudad de México.

Por cierto, las antiguas cofradías en México son escasamente notables, aunque mantengan ciertas influencias subterráneas en la iglesia católica y en la mentalidad y acciones de algunos funcionarios públicos. En contraste, recuerdo hace unos años en Lima, durante una procesión en honor del Señor de los Milagros, miré el tumultuoso desfile de estas agrupaciones, cuyos miembros se turnaban en soportar la pesada plataforma con el enorme Cristo colocado en el centro. Lo que Montaigne presencié en Roma hace medio milenio, supongo, fue algo parecido.

De entre las muchas de sus observaciones, consigno una, por curiosa y trascendente. Escribió Montaigne:

Junto a San Pedro me encontré con un hombre que amablemente me avisó de dos cosas: que los portugueses manifestaban su obediencia la semana de Pasión y también que ese mismo día la estación se hacía en San Juan Porta Latina, iglesia en la que algunos portugueses, años antes, habían formado una extraña cofradía. Se casaban varón con varón en la misa, con ceremonias idénticas a nuestras bodas, celebraban la Pascua, leían el mismo Evangelio de las nupcias, y después se acostaban y vivían juntos. En Roma opinaban que, como en la otra unión, de macho y hembra, lo único que la legitimaba era el matrimonio, le había parecido a esta gente refinada que esta otra acción resultaría igualmente justa, autorizada como estaría por ceremonias y misterios de la Iglesia.

Considerando la rotunda condena de la jerarquía católica y de sus numerosos seguidores al llamado hoy matrimonio igualitario, me sorprendió encontrar este testimonio de su práctica hace más de 500 años, justamente en el corazón de la estructura eclesiástica, a unos cientos de metros de la sede papal. Y más aún, sancionadas estas uniones con

todos los ritos cristianos. Asumían que su sometimiento a los mismos las legitimaban plenamente igual que a las celebradas entre hombre y mujer.

¿Cuándo se modificó la posición del clero católico respecto al matrimonio entre homosexuales? ¿Siguió en ello a los reformistas protestantes? Lo ignoro, pero son cuestiones de interés actual.



Michel de Montaigne (autor desconocido, alrededor de 1570)